

EJEMPLO DE NARRATIVA LETRAS QUE HACEN ECO

Cuando era niña, nunca pensé que terminaría siendo maestra. Crecí en un hogar donde mis padres siempre me inculcaron la importancia de estudiar, pero la idea de estar frente a un grupo de estudiantes no cruzaba por mi mente. Sin embargo, hubo un momento clave que me marcó: recuerdo a mi maestro de quinto grado, un hombre paciente que siempre tenía una palabra de aliento para cada uno de nosotros. Me hacía sentir capaz, como si mis ideas importaran. En ese entonces, no lo sabía, pero esa semilla quedó sembrada en mí.

Mi primer día en el aula fue una mezcla de nervios y emoción. Al entrar, vi a esos rostros curiosos mirándome, y supe que tenía una gran responsabilidad. Desde el primer momento, me di cuenta de que no solo estaba allí para enseñar, sino también para inspirar y motivar a mis estudiantes.

A medida que pasaban los días, fui descubriendo mi estilo de enseñanza. Aprendí a ser flexible, a adaptarme a las necesidades de mis alumnos y a crear un ambiente donde se sintieran seguros para expresar sus ideas. Cada pequeño avance de mis estudiantes se convirtió en una victoria personal, y eso me llenaba de satisfacción.

Con el tiempo, he enfrentado desafíos, por supuesto. Hubo momentos en los que me sentí abrumado, pero cada obstáculo me enseñó algo valioso. La docencia no es solo un trabajo; es una vocación que me ha permitido crecer y aprender junto a mis estudiantes. Estoy agradecido por cada experiencia y por la oportunidad de ser parte de su viaje educativo. Sin duda, mi inicio en la docencia ha sido uno de los capítulos más significativos de mi vida.

Ese primer año aprendí más de ellos de lo que ellos aprendieron de mí, pero también confirmé que estaba en el lugar correcto. Con los años, la docencia me ha dado muchas alegrías, pero también grandes retos. He tenido alumnos que desafían cada norma y cada límite, que me han hecho cuestionarme si estoy haciendo lo suficiente. También he enfrentado momentos difíciles, como ver a un estudiante abandonar la escuela por problemas familiares o sentir que las políticas educativas no siempre están diseñadas pensando en los maestros y alumnos. A pesar de eso, hay cosas que hacen que todo valga la pena. Ver a un alumno que no entendía nada resolver un problema complicado o recibir una carta inesperada de alguien que te agradece por haber creído en él son momentos que no cambiaría por nada. Es en esos pequeños triunfos donde encuentro mi mayor motivación.

Lo que más amo de ser docente es la oportunidad de ser un puente, alguien que puede ayudar a sus alumnos a cruzar hacia sus metas. No siempre es fácil, pero me llena de orgullo saber que, de alguna manera, dejo una huella en cada uno de ellos, tal como lo hizo mi maestro de quinto conmigo. Hoy, después de años de experiencia, puedo decir con certeza que la docencia no es solo una profesión, es un llamado. Es un viaje lleno de emociones, desafíos y aprendizajes constantes, pero sobre todo, es una forma de vida que me permite impactar el futuro, un estudiante a la vez.